

RECENSIONES

FRAGA IRIBARNE, MANUEL: *Horizonte español*. Editora Nacional, Madrid, 1965, 343 págs.

Una vez que se deja bien sentado lo que es el Estado español, su fundamento y su futuro, la obra se proyecta en dos direcciones. Una de ellas, hacia Europa y hacia América, para examinar y acaso en algunos momentos explorar—quizá hasta insinuar—aspectos de una situación que no sólo ejercen una atracción poderosa y tienen enorme interés, sino que de alguna manera pudieran incluso guardar alguna relación vital con nuestra propia existencia, aun cuando no para el presente, sí tal vez para un futuro que deja la impresión de acercarse a galope tendido. La otra vuelve, como si se dijese, al punto de partida, para entrar en detalles sobre algunas cuestiones esenciales y dominantes de la vida de este mismo Estado español de fronteras nacionales hacia dentro.

Como se puede advertir con facilidad, el tema está cargado de significación no menos que de sugerencias. Y tanto para lo uno, para arrancar sentido a la materia, como para lo otro, para insinuar orientaciones, Fraga Iribarne está, sin duda, excepcionalmente dotado. Bien se advierten aquí dos cualidades de la más alta importancia: la del escritor que resume, sintetiza y presenta y la del pedagogo.

En este caso particular, entra en juego un factor nuevo y, por su calidad, notoriamente fuera de lo corriente: el hecho de que el autor de *Horizonte español*, es no sólo un ministro del Gobierno español, sino el ministro de Información y Turismo, lo que ya de por sí debería dar una significación, un sentido especial a todo lo que dice o escribe con un carácter distinto o ajeno a unas actividades puramente privadas. Bien lo ha advertido él, con miras, sin duda, a poner en guardia al lector, contra cualquier posible sorpresa. «Cuando un periodista extranjero—dice en la Introducción—entra en el despacho del ministro de Información casi siempre quiere saber o quiere que se le esclarezcan materias que exceden de la política relativa a los medios de información. Lo que de verdad interesa fuera de nuestras fronteras es conocer las cuestiones palpitantes del país, qué ocurre en España, cuáles son nuestras dificultades y planes, las respuestas a las interrogantes que el tiempo plantea a todos los países y las previsiones para el futuro.»

Pero, añade, si es natural «que se acuda al Ministerio de Información y Turismo en demanda de respuesta a las cuestiones sobre España» que mayor interés tienen para el extranjero, «es también natural que los españoles vean en la persona del ministro de Información un portavoz del Estado y del Gobierno. De forma que si la definición de la política tiene otras instancias, su comunicación a la opinión se centra habitualmente en el Ministerio de Información, Departamento especialmente creado para tal fin».

Es oportuno, sin duda, contar con esto por delante porque en la idea misma de la comunicación que, a través de la palabra hablada o escrita, se establece con el público que la recibe, va implícito, en casos así, un concepto que se desparrama mucho más allá de los límites de lo convencional. Esto puede estar en evidencia—suele estarlo

siempre—cuando se trata de la comunicación oral. Pero no tiene por qué saltar notoriamente a la vista cuando se trata de la palabra impresa, en particular en las páginas de un libro. Es, por consiguiente, una advertencia necesaria la que informa al lector que hay algo en este caso que está más allá y por encima de la capacidad del escritor, por extraordinaria que sea para la presentación adecuada de un asunto.

La importancia de esto se comprende con mucha mayor facilidad cuando se piensa, por ejemplo, en que el segundo capítulo de esta obra es «Política exterior de España» y que el siguiente es «España y Europa». No hay duda que cualquier cosa que el señor Fraga Iribarne pudiese decir sobre una y otra cuestiones, ha de tener en estos momentos una significación, un valor, un sentido nuevo y distinto a todo lo que, sobre la misma cuestión, hubiese podido decir antes de haber alcanzado el alto cargo, por la representación no menos que por la responsabilidad, que ocupa. Aun cuando estuviese ya convertido en una gran figura de la vida española, de la oficial, de la docente y hasta en cierto modo de la propagandística también, en el sentido noble de la palabra, dada su afición nada común—y su capacidad para ejercerla—al mantenimiento de un contacto constante y efectivo con muy diversas y muy importantes manifestaciones de la vida más allá de las fronteras nacionales. Aun en el caso de no descubrirse la más pequeña diferencia o el más leve indicio de desviación—o ampliación—del pensamiento del autor de lo que ha quedado testimonio tan elocuente como abundante en una obra de extraordinaria, casi increíble, fecundidad y variedad, ¿podría dejar de tener una significación muy especial—única más bien—el hecho de que el autor de este libro sea el ministro de Información del Gobierno español?

Ayuda esto a subrayar esa importancia que sin duda tiene la actitud de aparente simpatía del señor Fraga Iribarne hacia eso que se ha dado en considerar como la inclinación—sería mejor decir que la devoción—europeísta de España. Esto hubiera tenido una importancia relativamente pequeña en casi cualquier otra ocasión. Hoy, la situación se halla en proceso de radical transformación, por circunstancias que acaso no haya un solo español que no tenga constantemente presentes, cualquiera que sea su verdadera devoción. Tiene un interés principal y muy directo para los españoles lo que está sucediendo en lo que en un día se llamó la «Pequeña Europa» y hoy se suele llamar indistintamente Comunidad Económica Europea (C. E. E.) o Mercado Común Europeo (Euromercado). Una prueba de ello está, por supuesto, en la decisión adoptada—y puesta en vías de realización—por el Gobierno español de solicitar el ingreso en este Mercado Común.

Aunque sólo sea indirecta, en apariencia, la influencia que sobre esta cuestión tenga el capítulo de este libro dedicado a la política exterior de España, sirve para hacer hincapié, por lo menos, en ciertas actitudes que saltan a la vista por su notoria injusticia. Con todo lo que ha pasado, con todo lo que se ha visto y comprobado, ¿quedan motivos todavía para juzgar con mayor severidad—y con mayor apasionamiento—la conducta de España que la de otras potencias? Se recuerda en *Horizonte español*, que a las pocas horas de haber declarado la segunda guerra mundial, ya el Gobierno español había publicado un decreto estableciendo la «estricta neutralidad» del pueblo español, lo que no tenía por qué ser una sorpresa para nadie. «Pero—se añade—cuando en junio de 1940 el ejército alemán izó su bandera en el puente internacional de Hendaya, cualquier observador perspicaz habría considerado dudoso que respetaran el territorio español, única vía para Gibraltar, que constituía la entrada al Mediterráneo y al Norte de África. Lo que entonces parecía superlativamente improbable, se realizó gracias a una política verdaderamente hábil, de escasas concesiones reales.»

Y cuando se produjo otro gran acontecimiento, el ataque alemán a la Unión Soviética, consecuencia de lo cual España envió una división al frente del Este, esto sirvió para reafirmar mucho más que alterar una posición ya fuertemente establecida, hecho que quedó confirmado por decreto del 18 de diciembre de 1941, que decía: «España mantiene, como en las primeras fases de guerra, su neutralidad.» Y añade Fraga Iribarne: «España se vió obligada entonces, aunque nunca llegara tan lejos como lo hizo Suecia al permitir el paso de las tropas alemanas, a ceder ante el viento y gracias a ello no fué arrastrada al conflicto.»

RECENSIONES

Cuanto más cuidadosamente se observa, en actitud retrospectiva, el desarrollo de aquellos acontecimientos, más oportuna parece esta especie de advertencia que ahora se hace sobre el tremendo contraste que ofrece la conducta de España y la de los aliados europeos encargados por los Estados Unidos de la distribución de los fondos del Plan Marshall (que) impidieron que España recibiera beneficio alguno por este concepto. Esto provocó una resolución de la Cámara de Representantes favorable a la inclusión de España en la distribución; pero el presidente Truman vetó el curso de la resolución y ni un céntimo de la ayuda Marshall alcanzó a España».

Lo que sucedió en esos tiempos, todavía relativamente cercanos, se puede recordar con facilidad: basta con refrescar un poco la memoria para encontrar ampliamente justificada la observación del señor Fraga Iribarne, al advertir que «se puede decir, sin ofensa a la verdad, que en 1951 asistimos a la segunda liberación de España, incruenta esta vez, que supone una victoria en el campo internacional tan alta como la alcanzada por la afirmación nacional en 1939».

Lo que hoy tiene mayor interés, sin duda, por este lado, es lo relacionado con el movimiento europeísta, que adquiere una nueva—acaso decisiva—significación por la entrada del proceso de formación de la C.E.E. en la fase final y definitiva, por la proximidad ya, a menos que se produzca algún contratiempo inesperado, de la formación total del Mercado Común a partir del momento de la desaparición de los derechos aduaneros para las relaciones comerciales entre los países que lo forman y la adopción de otras medidas que van mucho más allá todavía. Y sobre todo, se advierte que «España ha proclamado reiteradamente su vocación europea, así como su creencia en la necesidad de una más estrecha unión y penetración entre los distintos pueblos del continente. Por ello, España es miembro de pleno derecho de la O. C. E. D. y tiene solicitada su asociación al Mercado Común Europeo».

No hace falta decir las cosas con afirmaciones categóricas para advertir la importancia de una actitud o de una inclinación, en este sentido o el contrario. Y los lectores que esperasen encontrar—sin conseguirlo—una definición rotunda sobre la posición de España en relación con algo de la naturaleza del Mercado Común Europeo, podrían darse por satisfechos al observar, por ejemplo, que «la elevada porción que nuestros intercambios comerciales con el Continente alcanzan en el total de nuestro comercio exterior es otro dato decisivo en favor de la integración y tiene todo el peso que en el futuro de las comunidades está reservado a las relaciones comerciales».

Para nosotros, con un interés por las cosas de Hispanoamérica que no es posible valorar en términos de pesetas y céntimos, tiene especial importancia la atención que—forzosamente resumida—se les presta en *Horizonte español*. Hay demostraciones sobradas de una alta capacidad estudiosa no menos que un sentido de percepción crítica altamente desarrollado en el largo capítulo dedicado a «España y América». En él se advierte que «los años de 1943 a 1945 son particularmente decisivos para entender los movimientos hispanoamericanos de hoy. La U. R. S. S. se benefició de una propaganda favorable, por razón de la guerra, y supo aprovecharla bien en los medios universitarios e intelectuales. Aparentemente, la guerra fría y Corea pusieron fin a ese buen ambiente, pero la situación social era favorable y la detención del crecimiento económico y la inflación, unidos a incomprensiones entre los dos grandes bloques de países existentes en el Continente americano han contribuido a crear la tensión presente, con alternativas de transformación políticosociales de radical y dramática diversidad».

Parece muy atinada la observación—una de tantas—que llama la atención, en cuanto a esto de la diversidad dramática y del radicalismo de las alternativas que se ha venido presentando por esta parte del mundo, hacia el hecho de que «el comunismo lo único que ha demostrado es su habilidad para sacar partido de las situaciones de cambio, interpretando la dirección de fuerzas que él mismo no crea y con el empleo de una superior estrategia a escala global».

Y vale la pena también contar, aunque sea en forma muy resumida—lo que, en cierto modo, es la gran virtud que hace posible, con la ayuda de una exposición brillante, alcanzar una clara visión de conjunto que a veces, como en este caso, resulta impresionante por su majestuosa grandeza no menos que por su vastedad—lo que hizo

RECENSIONES

España por el descubrimiento y por la colonización, en el sentido más comprensivo y generoso de una expresión que ha caído en desgracia, de una gran parte, la mayor parte en realidad, de lo que son hoy los Estados Unidos de la América del Norte. También esto es algo que valía la pena recordar y que sin duda producirá asombro más bien que sorpresa entre los que se habían habituado a pensar que toda la dirección de la progresión española por el continente americano había marchado esencialmente desde las Antillas y Méjico hacia el Sur, aunque hubiera sido esa una tarea más que suficiente para empresas menos extraordinarias que la acometida por España en esa ocasión.

JAIME MENENDEZ.

ARMANGUÉ RIUS, GIL: *Gibraltar y los españoles*. Madrid, 1964. Editorial Aguilar, primera edición. Un volumen de 733 páginas, sin precio.

En numerosas ocasiones nos hemos ocupado desde estas páginas del tema de Gibraltar, subrayando el interés de toda publicación española o extranjera que se ocupe del desgraciadamente permanente problema calpense. Para nosotros, se trate de un simple opúsculo o de un voluminoso y documentado estudio, y cualquiera que sea su tesis, todo merece nuestra atención. La obra que presentamos a nuestros lectores tiene mucho más del último o voluminoso género que del primero, por su calidad y densidad de contenido. Pero, además, llena una laguna en el cuadro no excesivo de la bibliografía hispano-calpense. En efecto, se ha escrito con frecuencia—y desigualmente—sobre Gibraltar, por autores españoles. Pero nuestro prolongado sentir ha quedado disperso, a veces prácticamente perdido o para la masa desconocido, en muchos casos. El ingente trabajo de reunir casi todo lo escrito, ordenándolo y seleccionándolo, pues en otro caso se hubiera producido una colección inmanejable, de proporciones enciclopédicas, no había sido hecho por nadie. Y esto es lo que ha efectuado don Gil Armangué Rius, joven diplomático, notoriamente especializado dentro de su actividad profesional en el problema. Su trabajo es fundamental y compatible con cualquier otro que se prepare, como el que, según nuestros informe, consagrará a Gibraltar, desde el punto de vista inglés, otro joven diplomático, don Camilo Barcia, hijo del conocido catedrático ius internacionalista y colaborador nuestro.

El libro que presentamos tiene dos partes claramente distinguibles. En la primera aparece el pensamiento del autor, sobre la manera y los términos cómo los españoles han visto y han expresado su sentir, respecto del problema de Gibraltar. Está dividido en cuatro capítulos, que se consagran, respectivamente, a la evolución del caso dentro de la continuidad histórica, a las opiniones sobre el problema desde el siglo XVIII hasta hoy (esfuerzos bélicos y diplomáticos, soluciones imaginadas, negociadas y propuestas), a las nuevas perspectivas en el siglo XIX (reacción ante las demasías británicas), y a la evolución de la plaza, recogiendo las actitudes con motivo de las dos guerras mundiales. El segundo capítulo estudia lo que pudiéramos llamar la contribución humana de las distintas regiones españolas al problema: en realidad, la aportación de testimonios se completa para incluir otros alejados, porque también queda recogida la opinión, sensible y apasionada, de los españoles residentes, voluntaria o forzosamente, en el exterior. En el tercer capítulo se presenta el sentir de los elementos representativos de nuestros varios sectores sociales, grupos y profesiones. Y, al final, el del pueblo anónimo, recogido de dichos, coplillas y otros medios vulgares de difusión colectiva.

El cuarto y último capítulo, se consagra al pensamiento político sobre Gibraltar; quizá el más difundido, entre otros, pero no siempre el más exactamente calibrado, incluso por deformaciones de transcripción que pesan como versión indiscutida en muchos casos. En él se agrupan a personalidades, ideologías, organizaciones e instituciones, sin excluir a los disidentes, a los exiliados y hasta a los que muchos suponen, con discutible acierto, incondicionalmente anglófilos. Que no existen como tales, pues

RECENSIONES

hasta los más declarados anglófilos españoles, por admiración o adhesión, han salvado siempre su participación patriótica en el común sentir reivindicativo del Peñón, arteramente ocupado y contumazmente retenido en esta época de liquidación del imperialismo colonialista.

La segunda parte de la obra, titulada «Apéndice», es la que inserta la selección de opiniones escritas o recogidas por escrito, si bien con notas y datos complementarios que enriquecen su sentido y completan su alcance. Hemos anotado hasta 264 nombres de la más variada significación: unos, generalmente conocidos; otros, al alcance de la minoría estudiosa; otros, simplemente desconocidos; con la particularidad de que no siempre el pensamiento de éstos es el menos importante. A veces, lo inserto es una frase o fragmento aislado; en otras ocasiones, una oración o texto específico, y no faltan las selecciones antológicas de quienes han consagrado más reiterado estudio al problema, en varias obras separadas. Los errores del texto, son mínimos. Baste como muestra, la de que al citar al autor de estas líneas, se le ha añadido, graciosamente, un lustro de vida.

El libro puede reputarse exhaustivo. No creemos que después de conocerlo, nadie se atreva a sostener que el tema de Gibraltar es propio de un grupo selecto y reducido; o bien fruto de artificiosa especulación. El tema se revela como lo que es: obsesión constante desde que surgió el problema, para todos los españoles, en todos los momentos, de todas las tendencias y con todas las visiones. Preocupación probablemente creciente, y, hoy, visiblemente actualizada ante el estímulo exterior de la descolonización mundial.

Nuestra felicitación al autor, rebosa los límites de la enhorabuena personal. Es un aporte a la campaña descolonizadora, de silencioso, pero meritorio valor.

José M.^a CORDERO TORRES.

KOUSOULAS, D. GEORGE: *Revolution and Defeat. The Story of the Greek Communist Party*. Oxford University Press, 1965, XIV más 306 págs.

El Partido comunista griego goza de la dudosa distinción de haber aplicado en el curso de su historia todas las formas de guerra política y revolucionaria. Desde huelgas y manifestaciones a coaliciones electorales, subversión clandestina y guerra de guerrillas, la historia de este Partido muestra una tal riqueza de facetas que el estudioso de los asuntos internacionales ha de recibir con interés, y agradecimiento, este volumen consagrado a la historia de ese Partido.

* * *

Pues bien; la parte primera del libro reseñado nos introduce—por medio de cinco capítulos—en las particularidades de la etapa formativa del Partido comunista griego, de sus relaciones con la Komintern, de las incesantes disputas entre sus dirigentes, de sus frustrados esfuerzos para escapar al aislamiento impuesto por la indiferencia pública y el estigma de su política «macedonia».

Otros cinco capítulos forman la segunda parte de la obra de Kousoulas. En ella asistimos a los esfuerzos para aumentar la influencia del Partido explotando las dificultades económicas griegas en los primeros treinta; a sus infructuosos intentos para fomentar la revolución cuando a mitad de los años treinta se desintegraba el sistema parlamentario, y el respeto del pueblo hacia él (así, recordemos la agitación de mayo de 1936); a la alternativa dictadura-revolución, resuelta a favor de la solución dictatorial—a la que extensos sectores de la nación se adherían—de Metaxas (uno de los más suaves regímenes en su género, a juicio del autor de esta monografía), y a la desintegración de la organización del Partido bajo las efectivas medidas de la dicta-

dura—ahí está el método de las llamadas «declaraciones de arrepentimiento», heterodoxo método de combatir al comunismo como arma para esparcir la desconfianza y la confusión entre las filas comunistas—.

Esta parte concluye con el estallido de la guerra italo-griega. Y lo más destacable en este punto es que, al tiempo en que las divisiones blindadas alemanas se apoderaban de Grecia, el Partido comunista griego no existía como fuerza política. El Partido, representado por tres facciones, había perdido el contacto con las «masas». Pero he aquí que este desunido Partido era capaz de fortalecerse hasta controlar todo el movimiento de resistencia. Y el relato de cómo conseguía esto se hace en la siguiente parte.

La parte tercera—la evaluación de la transformación de una guerra imperialista en una guerra civil—se inicia con el estudio de la gestación del movimiento de resistencia. Aquí ha de observarse, en primer lugar, que al ocupar Grecia los alemanes encontraban un vacío casi total.

Ahora bien; el hambre, el frío y la humillación del primer invierno de Ocupación, generaban una profunda y resuelta pasión por la supervivencia y la resistencia: los dos básicos deseos de toda nación esclavizada. Y en este contexto aparecía el Frente de liberación nacional, criatura del Partido comunista griego. Con una particularidad: este Frente explotaba completamente la «psicología revolucionaria» forjada por las crueles, y políticamente estúpidas, acciones de las Fuerzas de ocupación. Y ha de tenerse bien presente que, en esas desesperadas horas, las proclamas del Frente de liberación nacional servían como un brillante faro de esperanza penetrando en la oscuridad y llevando el consuelo y el valor a una esclavizada nación...

E interesa dejar bien sentado que, «por razones de conveniencia militar», los aliados occidentales—y especialmente los británicos—ayudaban considerablemente al Frente.

Sucesivos capítulos se dedican a la monopolización de la resistencia, al agravamiento del conflicto entre las fuerzas griegas (con el amotinamiento de las tropas helenas en el Oriente Medio), a la liberación (con circunstancias como el hecho de que el Frente de liberación nacional hubiere establecido su propia autoridad—*de facto*—sobre la mayor parte del país y la realidad de la derrota de los comunistas griegos en las calles de Atenas, tras la Revolución de diciembre de 1944).

Ya en la cuarta parte—«The Third Round»—, nos encontramos con la dinámica dd la reagrupación de las fuerzas comunistas con vistas a extender el control comunista hasta el Egeo.

Y llegamos ya a dos de los capítulos más significativos de este libro: el referente a la evaluación de las distintas facetas de *la guerra de guerrillas* y el dedicado al estudio del cambio en el signo de la lucha.

Veamos, veamos algunas de las líneas clave de tan incitante temática. Por lo pronto, adviértase que, a juicio del doctor Kousoulas, la guerrilla es una forma de guerra subconvencional que puede emplearse por los comunistas en el período de mutua disuasión nuclear, o *tablas nuclear*, en un esfuerzo encaminado a alterar la solidez política y social de países con problemas económico-sociales debidos al inadecuado desarrollo económico.

En esta materia, no ha de olvidarse en ningún momento un aspecto cumbre puesto de relieve por el autor—y, desde luego, por otros especialistas de la cuestión—. Es éste: los objetivos últimos de las operaciones de guerrilla dirigidas por comunistas son de naturaleza política y sus tácticas reflejan una extraña mezcla de consideraciones y técnicas militares y políticas.

Y el verdadero significado de esta forma de lucha se descubre sabiendo que les da a sus aplicantes una *ventaja de poder* de diez a uno con relación a sus oponentes. Esto explicará que un Ejército—el griego—de más de 100.000 hombres, fuera incapaz de acabar con unas guerrillas de 10.000 a 15.000 hombres.

Ahora bien; ha de saberse que la ventaja táctica de diez a uno la pierden las guerrillas cuando pasan del estado subconvencional a la fase convencional, reemplazando sus tácticas de atacar y desaparecer por operaciones militares de tipo convencional

RECENSIONES

enderezadas a conservar las ventajas territoriales. Aquí reside el talón de Aquiles de la operación de guerrillas, siempre que en el crucial momento del paso de una fase a otra el pueblo y las Fuerzas armadas del país se hallen en un alto nivel de moral y preparación. Sin embargo, conviene consignar que tal transición puede dar el éxito a las guerrillas si se produce en el momento en que el adversario se halla desmoralizado y en proceso de desintegración. En este sentido, el ejemplo helénico es aleccionador. Precisamente, los comunistas griegos se lanzaban a la guerra convencional en el momento en que el enemigo estaba entrando en un período de fortaleza y cohesión.

Por tanto, no sorprenderá si decimos, con Kousoulas, que el primer requisito esencial para triunfar en una operación contra las guerrillas es el fortalecimiento moral de la nación y de las Fuerzas armadas. Y, en este camino, el autor esgrime un nítido pensamiento: una dirección de espíritu «parroquial», de espíritu estrecho, con anti-comunismo como único credencial, posiblemente no podría proporcionar la necesaria base para un afortunado actuar contra la ofensiva de guerrilla comunista. El libro reseñado desgrana las implicaciones de tal aserto.

Otra base indispensable para una victoriosa estrategia contra guerrillas es la combinación de unidades especiales antiguerrilla y Fuerzas armadas regulares.

Con todo, hay otra exigencia de carácter general. Es ésta: para tal tipo de lucha, el entrenamiento militar no basta. El joven soldado ha de ser *preparado militarmente y adoctrinado políticamente*.

«Después de la derrota», es el rótulo del último capítulo. En él se asiste a los detalles de la frustración y las disensiones en los medios comunistas griegos tras el telón de acero.

Una corta lista biográfica, una bibliografía (aparte de las correspondientes notas a pie de página), un índice y cuatro mapas completan la obra que hemos traído a esta sección.

* * *

Al concluir la reseña del libro del profesor Kousoulas, no ha de olvidarse un perfil revelador en extremo: el autor ha tomado parte en muchos de los acontecimientos por él descritos. Por ejemplo, era prisionero de los comunistas en la Revolución de diciembre y posteriormente luchaba contra las guerrillas comunistas. Licenciado en Derecho por la Universidad de Atenas, se especializaba en Relaciones internacionales en la «Syracuse University», en los Estados Unidos, y actualmente es profesor en la «Howard University». Por otro lado, ha trabajado con material comunista no accesible, hasta el presente, al público de habla inglesa.

Desde luego, creemos que la monografía aquí registrada rinde un buen servicio al mundo de hombres libres. El tema no ha recibido la atención que merecía. Y, por supuesto, estamos lejos de trabajos como el del mariscal Papagos: *Guerrilla Warfare*; «Foreign Affairs», enero 1952, págs. 215-230.

Son muchos los pormenores que el lector encuentra sobre los distintos aspectos de la actuación política de los comunistas griegos y de la Revolución comunista. Verá también cosas como la cortedad de visión del «mundo político de Atenas», la inconsistencia de la política de los Gobiernos británico y estadounidense, las maquinaciones de Stalin y de Tito, etc.

Y, fundamentalmente, el lector se dará cuenta asimismo de que la derrota de la subversión comunista fué, por encima de todo, obra del pueblo griego. Aunque haya de reconocerse, a la par, la indispensable contribución que a ello hicieron ingleses y americanos, rectificando errores anteriores, y el carácter crucial que la defección de Tito del bloque soviético tenía—en un decisivo momento—para la fortuna de la causa anticomunista.

Ciertamente, a partir de 1952, la nación helena ha conocido un período inusitadamente largo de estabilidad política (primero, bajo el mariscal Papagos y después, tras su fallecimiento en octubre de 1955, bajo Karamanlis). Y tal situación ha dado frutos económicos: la electrificación ha hecho espectaculares progresos, el turismo se ha cua-

druplicado, la inflación ha sido detenida en una gran extensión y el país se ha asociado a la Comunidad Económica Europea...

Mas lo cierto es también que, tras una brillante fachada—reflejada, por ejemplo, en las interminables hileras de suntuosos edificios de apartamentos de Atenas—, Grecia tiene un complejo de problemas económicos y sociales: todavía hay un largo camino por recorrer hasta cubrir la distancia que separa a la pequeña minoría de la clase rica y la multitud de pobres. Al menos, así lo ve la obra comentada.

Acerca de todo eso, pensemos en primer lugar que la ayuda económica estadounidense ha servido para mejorar la infraestructura económica. Ahora bien; como tal asistencia se ha dirigido hacia la defensa y proyectos a largo plazo de desarrollo, las rentas personales de los estratos más modestos de la población se han visto poco favorecidas por ella. Con un punto máximo a retener: afloran realidades—ominosas realidades—como la señalada seguidamente. Los impuestos caen pesadamente sobre las espaldas de los grupos de rentas más débiles y el 78 por 100 de los ingresos del Estado proceden de impuestos indirectos (1963).

No deje de pensarse, pues, en que dentro de Grecia hay muchas oportunidades para la agitación política de los grupos izquierdistas. Así, entre los mal pagados obreros, los intelectuales andando a tientas y la juventud—en incertidumbre—para quien los años de guerra son sólo un recuerdo oscuro.

Puede que, como advierte Kousoulas, otear el futuro sea una empresa arriesgada.

Ahora bien; cabe dar la razón a este tratadista cuando indica lo siguiente: una aceleración del desarrollo económico podría hacer surgir una serie de condiciones que permitirían a los dirigentes políticos griegos enfrentarse más efectivamente con el «llamamiento» del marxismo-leninismo. Y la obra comentada esgrime una posible directriz: ponerse a trabajar con afán, con realismo, con coherencia en el gran problema de una distribución más equitativa—y, económicamente, más productiva—de la riqueza nacional.

Después de todo, como evidencian ampliamente las actividades del Partido comunista griego, el pueblo helénico sólo siguió la dirección comunista en el caso de desesperación explotada a través del engaño...

¡Excelentes aleccionamientos—a quien quiera recibirlos—en unos momentos, precisamente, en que la guerra subversiva parece constituir la forma más caracterizada de agresión contemporánea!

LEANDRO RUBIO GARCIA.

BOYTON, JOHN: *Aims and Means*. 110 págs. The Bodley Head, Londres, 1964.

Como no hay mal que por bien no venga, el hecho de que cuando este libro acaso estuviese en proceso de impresión se produjese un cambio sensacional en la dirección soviética, ha sido más que un contratiempo, un fuerte factor propagandístico. Porque si bien a lo largo de *Aims and Means*, parte de una serie importante de «background books», libros que pretenden servir de fondo a una de las grandes cuestiones de nuestro tiempo, se sostiene que la campaña comunista de expansión y dominación sigue adelante, ahora con mayor fuerza y decisión que acaso en cualquier otro momento en casi medio siglo ya de existencia de este régimen como forma de gobierno en un país o más, también se advierte que el cambio es una de las características más fuertes y llamativas de esta época.

«Estamos viviendo en unos tiempos que se mueven con rapidez—advierte Boyton, para empezar—. El mundo se está contrayendo y los asuntos de todos y cada uno son nuestros asuntos. En las dos últimas décadas nada más se ha visto cómo han sido sometidas a control, para bien o para mal, fuerzas fantásticas, fuerzas que nadie puede ignorar.» Y se ha visto también cómo «los viejos imperios han desaparecido casi por completo» y cómo «dentro de la sociedad occidental, dentro de la sociedad en Africa, Asia y la América Latina, los antiguos valores están cediendo el paso a los nuevos».

RECENSIONES

Es un fondo extraordinario y que para muchos resulta difícil de comprender, éste contra el cual es necesario situarse para poder llegar a juicios razonables y quizá de una gran utilidad práctica también, sobre el mundo en que vivimos, un fondo a la vista del cual «hemos de tratar de considerar los grandes acontecimientos, intentar acoplarlos en el gran rompecabezas de la vida. De todas las piezas que componen este juego vital, la más difícil entre las mayores es el comunismo mundial. Aun cuando todavía pudiera haber gentes que no quieren reconocerlo, el comunismo es un factor vital para todos nosotros, donde quiera que nos encontremos viviendo. Es tan vital para los países no comunistas, como lo es para el propio mundo comunista».

Es algo único, en cierto modo, porque «ningún otro movimiento político cuenta con una combinación tal de elementos esenciales».

Dice Boyton: «En términos de las realidades cotidianas, el comunismo ofrece una impresión compleja, a veces paradójica. Por un lado, el Ballet del Bolshoi produce deleite a los públicos en todas las partes del mundo, mientras que en la propia Unión Soviética los hombres y mujeres son llevados a la prisión y fusilados por delitos que en otros países no merecerían más que una fuerte multa. Mientras continúan (continúan, en realidad) las negociaciones entre el Este y el Oeste a un alto nivel, las tropas rusas y norteamericanas se sientan para mirarse recelosamente en la autojista de la Alemania Oriental.» Y así se podría continuar, a lo largo de páginas y más páginas.

Con situaciones que participan, a la vez, de lo permanente y lo mutable, que es algo así como el fondo o contrapunto de esta interesante y aleccionadora presentación de un aspecto esencial de la vida contemporánea. El señor Jruschev ha desaparecido, se ha desvanecido, sin dejar siquiera una nube de polvo, de su «trono en el Kremlin», pero, ¿a qué esperar a que eso sucediese para darse cuenta de que había cambios, sin duda, en la Unión Soviética? Claro que con la «desaparición de Stalin, los cambios eran inevitables. La nueva dirección soviética—observa Boyton—empezó a mirar hacia el exterior. En el otoño de 1953, el primer ministro del día, Malenkov, prometió más bienes de consumo al pueblo ruso. Esta tendencia fué invertida más tarde, pero en relación con el día de Stalin, el público soviético empezó lentamente a recibir más de las cosas que hacen la vida corriente más agradable».

Entre los grandes, a veces hasta memorables, cambios hay algo que produce la sensación de continuar igual: el poder completo, absoluto, supremo del Partido comunista de la Unión Soviética. «Como Stalin declaró en 1926, «ni una sola cuestión importante, política o de organización, es decidida por un Soviet u otra organización de masas sin las directrices orientadoras del Partido.» En 1946, una resolución del Partido recalcó que «ninguna cuestión importante, política u organizacional, es decidida en nuestro país sin una directriz del Partido». En 1959, Jruschev reiteró ante el XXI Congreso que el partido «dirige todas las organizaciones sociales de la clase obrera». De esta manera, todas las organizaciones actúan como correas de transmisión del Partido dentro de sus propias esferas de influencia, tanto en el país como en el extranjero.

Después de la experiencia de los frentes populares, pudiera en algún momento haberse llegado a la conclusión de que también por ese lado se habían producido cambios capaces de introducir alteraciones radicales en el panorama internacional. Pero apenas terminada la segunda guerra mundial, empezó a surgir el intento, a menudo con realidades tangibles, de formación de frentes internacionales con «el claro propósito de favorecer el desarrollo de la causa del comunismo soviético y su principal tarea fué el dar paso a la línea propagandística del momento fijada por el «agitprop». Se puso un empeño especial en ganar a los miembros del Partido Laborista en Inglaterra y de los partidos socialdemócratas en la Europa (continental). En algunas partes donde el comunismo fué declarado fuera de la ley, los partidarios nacionales de los frentes internacionales podían actuar como la cobertura de células comunistas secretas».

Aquí se ofrece una lista de estos frentes que empezaron con la formación de la Federación Mundial de Sindicatos y la Federación Mundial de la Juventud Democrática. «En el mismo año, se formó en París—las dos organizaciones anteriores salieron de congresos celebrados en Londres—la Federación Internacional de Mujeres Democráti-

RECENSIONES

cas. Caso único en estos frentes, la F.I.M.D. jamás recibió apoyo de las principales organizaciones nacionales o internacionales de mujeres en la Europa occidental o en la América del Norte, siempre con la excepción de las que se encontraban bajo control comunista en Francia e Italia.

«Cuatro organizaciones más fueron formadas en 1964, todas con apoyo no comunista: la Asociación Internacional de Abogados Demócratas, el Sindicato Internacional de Estudiantes, la Federación Mundial de Trabajadores de la Ciencia y la Organización Internacional de Periodistas. También se formó en 1946 la Federación Mundial de Sindicatos de Maestros, pero sin llegar a contar con apoyo sustancial alguno no comunista y en realidad es una sección de la Federación Mundial de Sindicatos.»

Ha habido cambios, algunos de grandes dimensiones y enorme importancia, pero «por su naturaleza, el comunismo es un movimiento proselitista, siempre en busca de nuevos conversos y al mismo tiempo haciendo todo lo posible por retener la lealtad de sus partidarios al movimiento. Su mensaje, en la forma más sencilla, declara que la paz mundial y la prosperidad sólo llegarán cuando el comunismo haya reemplazado al capitalismo en todas partes. La propaganda es un arma esencial en el arsenal del comunista».

En más de una ocasión, los cambios registrados han servido, a la larga, para reafirmar con fuerza especial esa característica esencial del comunismo. «El fin de la segunda guerra mundial trajo consigo una tremenda cantidad de buena voluntad hacia la Unión Soviética por parte de los Aliados. Había una buena disposición a olvidar el pacto nazisoviético y las depuraciones de Stalin en los años treinta. Pero el establecimiento, bajo la dominación soviética, de regímenes comunistas en la Europa oriental, las maneras en que los partidos comunistas trataron de impedir la reconstrucción en la postguerra en Francia, Alemania e Italia mediante la agitación contra el Plan Marshall, juntamente con la decisión de Stalin de acabar con todo posible punto de contacto personal con el mundo exterior, todo esto trajo consigo la realización de que no había habido un cambio fundamental en el antagonismo comunista hacia todos los demás sistemas políticos y sociales.»

J. M.

STRAUSZ-HUPE, R., y HAZARD, H. W.: *La idea del colonialismo*. Editorial Tecnos, S. A. Madrid, 1964, 394 págs.

Con el citado volumen se ofrecen al lector una serie de trabajos monográficos, concernientes al problema colonialista, y aun cuando pudiera, explicablemente, suponerse que Strausz-Hupé y Hazard son los autores de la obra que comentamos, en realidad sólo del segundo se inserta un trabajo, en colaboración con Lineberger. De modo que los dos mencionados autores son más bien compiladores de trabajos confiados a terceros, que redactores de las páginas de que consta el citado libro.

El tema abordado, a más de encerrar una palpitante actualidad, constituye auténtica materia apasionante, habida cuenta de que, como consecuencia de la liquidación del colonialismo, hemos asistido a la aparición de una serie de entidades soberanas, que, tarde o temprano, habrán de desempeñar una misión trascendente, como integrando lo que se denomina «tercer mundo», al cual, no pocos intérpretes, le asignan posibilidades de acentuado protagonismo y lo presentan en cuanto elemento, de atenuación primero, y de desactualización después, del sistema postbélico de las llamadas hegemonías gemelas de Yalta, ya que allí nacieran y Yalta fuera su claustro materno.

Conviene advertir que constituye propósito de los citados compiladores, ofrecer al lector una explicación de la denominada experiencia Goldwater, que, según se nos asegura, tiende a rebasar sus orígenes localistas, con ambición de proyectarse sobre los problemas fundamentales del mundo postbélico. Pese a su título, lo que en realidad trata de ofrecerse al lector con el libro mencionado, es lo que significa el colonialismo, refe-

RECENSIONES

rido, a lo que se denomina mentalidad goldwateriana, de lo cual cabe deducir que el caso Goldwater no constituye mero episodio, ya definitivamente eclipsado, sino que es fruto de un determinado ambiente político. Penetrar en sus esencias, equivale a establecer contacto con el mundo norteamericano, sus causas, efectos y estructuras.

Expuestas las precedentes notas aclaratorias, digamos que el libro citado se descompone en quince trabajos monográficos, todos ellos de indudable interés. Se inicia el estudio referido, con dos capítulos, en relación con lo que puede ofrecernos, como mito y en cuanto realidad, el problema del colonialismo. Tras ese análisis preliminar, se aborda el estudio de los colonialismos británico y francés, completado con el análisis de otras realizaciones colonialistas, tales como la nipona, la zarista y la soviética.

En cuanto complemento y como antítesis, se otorga beligerancia al análisis del anticolonialismo, referido, de un lado, a los Estados Unidos, y versando, de otro, sobre el anticolonialismo, viviente en las Repúblicas americanas, separadas de Norteamérica por el Río Grande.

La tercera parte de la obra, nos sitúa frente a los problemas que implica la proyección, tanto del colonialismo, como del anticolonialismo, a partir de 1945, y en este sentido se nos ofrecen seis estudios monográficos, ligando específicamente el problema del colonialismo y del anticolonialismo, a los acuerdos de Bandung, a la U. R. S. S., a la política de no-alineamiento hindú, al caso de Argelia en cuanto experiencia *sui generis*. A los citados estudios debe incorporarse otros dos: la misión de las Naciones Unidas frente al fenómeno del colonialismo, y lo que representa dicho fenómeno, relacionado con la política internacional del llamado mundo libre.

Dos capítulos finales, el XIV y el XV, se nos ofrecen como una especie de tabla de valores, referible a los otros estudios insertos en el volumen que recensamos; así, el de Elliot, sobre el colonialismo, en relación con los problemas de libertad y responsabilidad, y el escrito conjuntamente por Linebarger y Hazard, concerniente a la reconsideración del colonialismo. En este último capítulo se dispensa atención a lo que, por los autores citados, se denominan fragmentos políticos, algunos de los cuales son enclaves coloniales, incrustados en territorios soberanos y regidos por naciones marítimas distantes, tales como Gibraltar, Aden, Macao, la zona del Canal de Panamá y la denominada Honduras Británica. A menudo las mencionadas enclaves constituyen plazas comerciales de una notoria y desproporcionada importancia comercial, si nos atenemos a su extensión o a su inviabilidad como posibles entidades independientes. De ahí que lo específico de esos fragmentos políticos, radica en la condición de que carecen de condiciones geopolíticas, para hacer uso del derecho de autodeterminación.

De tales observaciones parece desprenderse una consecuencia: que si es evidentemente complejo el problema que plantea la existencia de una colonia en Estado soberano, lo es aun en mayor grado el fijar el definitivo estatuto político de esos curiosos fragmentos, esparcidos en la periferia de naciones, de las que forman geográficamente parte y fruto de unas circunstancias históricas definitivamente rebasadas y cuyo acentuado arcaísmo plantea cuestiones notoriamente complejas y de no fácil eliminación. Siendo innegable que el problema concerniente al fenómeno colonialista se popularizó acentuadamente a lo largo del vigente período postbélico, tal extensión contribuyó poderosa e inadecuadamente a su sistemática simplificación, y precisamente por ello contribuirá innegablemente a enfocar adecuadamente el problema del colonialismo y de la descolonización, con la vista puesta en la complicación de que es portadora la experiencia registrada, especialmente a partir del año de 1958. En este sentido, nos parece aconsejable consultar esas páginas, concernientes a lo que implica la transformación del mundo en que vivimos, a impulsos de ese fenómeno caracterizado por la desaparición progresiva de lo que fueran poderosos y vastos imperios ultramarinos.

CAMILO BARCIA TRELLES.

